

Históricas Digital

Miguel G. Rodríguez Lozano

“Génesis de un proyecto historiográfico”

p. 451-464

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Génesis de un proyecto historiográfico*

MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

[...] los historiadores, como los demás hombres, usan un lenguaje que está salpicado inevitablemente de palabras que tienen fuerza valorativa, y que invitarles a que eliminen de él dicha fuerza es pedirles que lleven a cabo una tarea que es entontecedora y anormalmente difícil [...] los historiadores son hombres y no están obligados a deshumanizarse en mayor medida que otros hombres.

ISAIAH BERLIN, *Libertad y necesidad en la historia*

Hablar de una génesis en la obra de Enrique Krauze implica reconocer que existe una línea temática y una propuesta metodológica que, de una u otra manera, se ha mantenido a lo largo de la producción de este intelectual. De hecho, el interés por la historia cultural, los intelectuales y la biografía son rasgos que han continuado en el universo historiográfico sugerido en sus más de quince libros. En este caso, una génesis, en cuanto principio que conjuga una serie de elementos que estructuran una perspectiva, un enfoque, se hace pertinente para distinguir esa etapa inicial en la que el historiador Krauze asumió una presencia sistemática, que aún hoy le funciona en sus variados libros dedicados a rescatar en lo posible a aquellos que han tenido una relevancia indiscutible en la historia y la cultura de México, sea Francisco I. Madero, Jesús Reyes Heróles, Julio Scherer, Alejandro Rossi o Heberto Castillo, entre otros. El modo en que se nos descubren las diferentes facetas vividas de tales personajes tiene su razón de ser, su develamiento, en los años setenta. Las obras que Krauze escribió en esos años, incluida *Caras de la historia*, publicada en 1983, pero con textos escritos en los setenta, son la base para identificar su trabajo como historiador y el armazón sobre el que construye su análisis de figuras preponderantes de la historia de México. Es ahí donde el lector intuye la formación y los hilos conductores del discurso reflexivo que varios años después llevarán a Krauze a concebir obras de excepción, como *Textos heréticos* (1992), por ejemplo, en la línea ensayística

* Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976, 329 p., retratos (Historia. Siglo XXI). La edición consultada para esta obra es la 10a., México, Siglo XXI, 2000, 340 p., ils. Después de cada cita de esta obra, se colocará entre paréntesis únicamente el número de páginas.

de uno de sus maestros, Isaiah Berlin; también es ahí donde es inevitable reconocer la capacidad de observación del autor de *Biografías del poder* para dejarnos gozar plenamente de sus personajes y su mundo. En fin, la génesis de un proyecto que aún no termina tiene su razón de ser hace ya más de veinte años.

*

En efecto, en 1968, Enrique Krauze Kleinbort, con 21 años de edad, estaba casi finalizando su carrera de ingeniero industrial en la UNAM, pero no la ejercería. Al poco tiempo, en 1971, ingresó al doctorado en Historia, en El Colegio de México, donde obtuvo el grado tres años después.

La mención a 1968 no está de más en la experiencia de vida de Krauze, quien percibe el desencanto fatídico del 2 de octubre. Es miembro de la generación que vivió el movimiento *hippie*, la contracultura, el auge de la clase media, la liberación sexual y política y la militancia estudiantil; una generación que, en palabras del autor, “nace a la vida pública en un momento defensivo, de cerrazón y clausura”.¹ El 68 también es inexcusable en la propuesta metodológica de Krauze, en cuanto a ideas y modos de acercamiento a los fenómenos de la historia. Desde el principio, su mirada se dirigió a las relaciones íntimas, conflictivas, resbaladizas, polémicas, de los intelectuales con el poder, las que, desde el siglo XIX y antes, han sido una constante a lo largo de la historia de México. Esa vinculación es uno de los puntos de reflexión en parte de la obra historiográfica de Krauze, notable, por ejemplo, en *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)* (1994), y, por supuesto, en *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*.

De la tesis doctoral con la que Krauze obtuvo el grado en El Colegio de México, *Los siete sobre México* (4 t., 1974), salieron dos publicaciones, la mencionada *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* (1976) y *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual* (1980). Entre esos años, apareció un libro más, *La reconstrucción económica* (1977), dedicado al periodo de Calles, en el que Krauze participa al lado de Jean Meyer y Cayetano Reyes.² En la investigación doctoral se encuentra todo el trabajo alrededor de la generación de 1915. De hecho, se modificó el título original y se quitaron algunos capítulos relacionados con Daniel Cosío Villegas,

¹ E. Krauze, *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1983, 195 p. (Cuadernos de Joaquín Mortiz), p. 154.

² E. Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, 318 p.; E. Krauze, Jean Meyer y Cayetano Reyes, *La reconstrucción económica. Historia de la Revolución Mexicana 1924-1928*, México, El Colegio de México, c. 1977, IX-323 p., ils., retratos, tablas (Historia de la Revolución Mexicana).

pero sin afectar el armazón argumentativo, para que se publicara el libro de 1976. Así, *Caudillos...* es el punto de partida, en cuanto a método, ideas y aproximaciones, de la práctica historiográfica ejercida por Krauze, quien, en esos momentos, centró sus intereses profesionales en las primeras cuatro décadas del siglo XX.

En 1976, parte de la historiografía mexicana acentuaba sus métodos de acercamiento hacia el materialismo histórico en la explicación de lo que había sido la Revolución Mexicana y el proceso posrevolucionario. No sucedía así en la generación de nuevos historiadores como Krauze o su contemporáneo Héctor Aguilar Camín.³ Quizá la influencia de maestros como Luis González y González o las enseñanzas de José Gaos, entre otros, fue determinante para la elaboración de obras que crearan una distancia frente al resto de los estudios abocados al mismo periodo histórico. De suyo, el tema elegido por Krauze era más que sugerente, en un país en el que los diálogos generacionales se manifestaban como una línea que, en la historia mexicana, debía considerarse.

*

En *Caudillos...*, se delimita muy bien el objeto de estudio, la llamada generación de 1915, en la que se ubican Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Vicente Lombardo Toledano, Teófilo Olea y Leyva, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Baca, también conocidos como "Los Siete Sabios"; junto a ellos, como pertenecientes a esa generación, están también Miguel Palacios Macedo, Daniel Cosío Villegas y Narciso Bassols. Todos, de uno u otro modo, en mayor o menor cantidad, tienen una presencia a lo largo del libro.

Hasta la publicación de *Caudillos...*, poco se había escrito sobre dicha generación; "dos folletos, un ensayo, dos capítulos, un párrafo y una sentencia" (p. 12), según se indica en la "Introducción", conformaban la historiografía alrededor de los intelectuales que participaron de varias maneras en la construcción del nuevo Estado mexicano. En ese sentido, la aportación de esa primera obra de Krauze era ya de suyo significativa, pues era cierto que se sabía más sobre la generación del Ateneo o los Contemporáneos que sobre la participación indomable de los hombres de la generación de 1915 en aquellos años posrevolucionarios; por otra parte, a la distancia, no existe, que yo sepa, un libro con las características y la información vertida en esa obra krauziana, en su vertiente específica, la de la biografía, determinante de lo que se ha escrito alrededor

³ Véase Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, c. 1977, 450 p.

de aquellos primeros años formativos del México de entonces. No es sólo haber acertado en el tema, sino también en la forma en que se trató, pues no hay que olvidar que “Los Siete Sabios” fueron “más actores que escritores” (p. 12), cualidad que implica necesariamente un enfoque menos dogmático y más atrevido en los intrincados caminos del análisis histórico, para revelar las experiencias de vida de aquellos hombres.

Caudillos... está dividido en once capítulos con sus respectivos incisos, que abarcan, desde la multifacética biografía de los protagonistas, diferentes asuntos, ya sea lo político, lo social o lo cultural, en un intento por cubrir todo el posible marco de referencia en el cual se desenvuelven los hombres de esa generación estudiada. Con diferentes extensiones y títulos sugerentes, el lector obtiene una visión del papel que jugaron esos personajes en los proyectos y en la construcción del nuevo Estado mexicano. Para lograr cubrir toda la experiencia generacional, Krauze aborda de una manera acertada las actitudes de cada uno de esos personajes y el ambiente en el que se presentan. En este aspecto, desde el principio del libro se descubre el rigor del autor en cuanto al método utilizado, el cual va hacia la interrelación de la vida y los sucesos de las primeras décadas del siglo XX.

El modo en que está establecido el texto, sin dejar de mencionar a los diferentes participantes de dicha generación, centra su atención en dos biografías básicas, la de Vicente Lombardo Toledano y la de Manuel Gómez Morín, que nutren la experiencia generacional en su íntima relación con los momentos que se viven. En los dos casos se llega hasta el final de la juventud de los personajes, es decir, los primeros años de la década de los treinta. Varían los inicios: con Lombardo Toledano se comienza desde la llegada de su abuelo que emigra de Italia, pues importa marcar la trascendencia genealógica en la familia Lombardo; con Gómez Morín el punto de partida se ubica desde los años de infancia al lado de su madre, quien será, desde la perspectiva de Krauze, fundamental en las acciones y decisiones de aquél. Ambas líneas biográficas lograrán descubrir a esos dos caudillos culturales, su pensamiento y participación en el México posrevolucionario, junto a los otros intelectuales de la misma generación de 1915. Los dos caudillos entonces se convierten en los polos de unión de toda la generación. En tal planteamiento, de entrada, se vislumbra la idea de Krauze de una historia cultural totalizadora, que cubre todos los rincones de la experiencia humana de los personajes estudiados.

Esa manera de organizar la obra se relaciona con las fuentes a las que tuvo acceso Krauze, las que le permitieron establecer tanto el orden del libro como la elección de los personajes, es decir, centrarse en aquellos que le dieran una amplia posibilidad de decir cosas y desarrollarlas,

tal como ocurre con Gómez Morín y Lombardo Toledano, de quienes se revisaron los archivos personales; por otro lado, con Gómez Morín, y en ciertos casos con otros personajes, hubo entrevistas que permitieron llenar huecos informativos o de plano se convirtieron en la parte medular del estudio. Así ocurrió con Alberto Vázquez del Mercado, Miguel Palacios Macedo y Daniel Cosío Villegas. En suma, y tal como lo anotara Álvaro Matute, “la relación de Krauze con esos archivos fue determinante para el buen resultado del libro”;⁴ los archivos dieron un peso fundamental a las reflexiones que a lo largo de la investigación encuentra el lector, y se explica el porqué el eje sobre el que giran varios de los personajes sea el binomio Gómez Morín-Lombardo Toledano. Ambos, como se ha indicado, forman el sostén sobre el que se construye la discursividad reflexiva de Krauze con la cual destacan los contrastes entre uno y otro personaje, entre ellos dos y el resto de la generación.

*

La búsqueda en archivos personales y la práctica de la entrevista directa le llevó a Krauze cuatro años, de 1971 a 1975. Ese tiempo es relevante porque el historiador construye todo un *corpus* desde el cual genera *Caudillos...*, *Daniel Cosío...* y *La reconstrucción...*, pero sobre todo puntualiza su interés hacia la biografía, lo que en un momento el mismo Krauze llama psicohistoria, la cual, sabemos, centra su atención en las personas e intenta, a su modo, “explicar la historia por medio de los móviles humanos”.⁵ A la psicohistoria le interesa la relación entre los individuos y las sociedades; es un mecanismo teórico-metodológico que permite, sí, circunscribir la apreciación explicativa en las particularidades de los individuos.⁶ Personas e historia serán la base de la propuesta historiográfica en *Caudillos...* y en el resto de la producción krauziana:

Las personas y la historia. Tema vasto y peligroso como la propia historia. Herodoto construyó su narración con personas y voluntades: fuerzas

⁴ A. Matute, “Reseña *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana* de Enrique Krauze”, *Vuelta*, v. 1, n. 2, enero 1977, p. 46-47.

⁵ Rudolph Binion, *Introducción a la psicohistoria*, trad. de J. A. Pérez Carballo, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 92 p. (Cuadernos de La Gaceta, 23), p. 50.

⁶ Por el momento, no es el fin de este trabajo adentrarse en la teorización en torno a la psicohistoria. Existe ya una larga bibliografía al respecto donde se polemiza sobre el tema y las diferentes aproximaciones. Sin embargo, se debe señalar que el uso que le da Krauze a la palabra no se relaciona con posiciones freudianas o jungianas, lejos está de eso. El que la acerque a la biografía le confiere un uso menos reduccionista y ortodoxo al que habitualmente tiene o tuvo sobre todo en sus inicios. Véase William McKinley Runyan (ed.), *Psychology and historical interpretation*, New York, Oxford University Press, 1988, XIII-306 p., ils.

visibles. Tucídides introdujo a los colectivos: fuerzas invisibles. Si se extrema la creencia en que la historia es una obra de personas, se desemboca en Carlyle, el culto a los héroes y el fascismo. Si se descrece en las personas, la óptica histórica contrae enfermedades no menos peligrosas: idealización, mistificación, manía conspiratoria. En ambos casos, desaparece la dimensión humana. El punto medio, el equilibrio, es el ideal de todo historiador.⁷

Ese equilibrio es el que intenta establecerse en las obras historiográficas de Krauze, pues forma parte de un sistema que se ha ido conformando desde que publicara *Caudillos...* Desde este libro, el autor apostó de manera clara a una idea de la historia que se ha mantenido en su práctica escritural a lo largo de los años. Por supuesto, su posición al respecto, y en la última cita queda claro, no es novedosa, más bien se vuelve interesante, sobre todo si no se pierde de vista, como se ha señalado antes, el intento de algunos historiadores de la generación del 68 por ubicarse fuera del materialismo histórico, pero conservando una relación con la teoría e historiografía hecha en México como la realizada por Luis González, por ejemplo. Krauze ha sido preciso al respecto, al señalar su distanciamiento frente a intelectuales de su generación que se anquilosaron en una ortodoxia que no los dejó ir más allá en cuanto a sus reflexiones. “En mi caso, dice, dos maestros —uno real, uno virtual— facilitaron la distinción entre el claustro de las creencias y la intemperie de las ideas: José Gaos e Isaiah Berlin.”⁸

En *Caudillos...* se quiere crear una distancia en cuanto al modo de análisis y la mejor manera es a través de la psicohistoria, al adentrarse en las actitudes de los actores sociales y sus tensiones con el mundo que habitan. En el libro el planteamiento es rotundo:

aquello que subyace a las ideas y a los hechos de los hombres es, a veces, una experiencia vivida, aunque no totalmente comprendida por el sujeto mismo. Para un psicólogo, esta experiencia es materia de análisis. Para un historiador que busca actitudes, puede serlo de una narración: sugerir, evocar esa experiencia, más que explicarla [p. 16].⁹

⁷ Krauze, *Daniel Cosío Villegas...*, p. 175.

⁸ E. Krauze, *Personas e ideas*, México, Vuelta, c. 1989, 221 p., ils. (La Reflexión), p. 15.

⁹ En la tesis doctoral lo ha planteado del siguiente modo: “El afán de entender las vidas de los hombres del 1915, antes que como intelectuales o como políticos, a través de sus actitudes principales, implicaba entrar a la biografía e intentar algo semejante a una psicohistoria. Lo que subyace a las ideas y los hechos de los hombres es una experiencia vivida aunque muchas veces no totalmente comprendida por el sujeto mismo. Para un sicólogo, esta experiencia es materia de análisis. Para un historiador puede ser materia de una narración; sugerir, evocar esa experiencia vivida más que explicarla” (*Los siete sobre México*, 4 t., tesis de doctorado en Histo-

Se trata de realizar un acercamiento a intelectuales y su relación con el poder. Por eso el lector de *Caudillos...* se enfrenta a escenas en las que la “evocación” sobresale, y no como una negación del método propuesto, sino como una afirmación del conocimiento de las fuentes utilizadas y la capacidad de recreación de los momentos que conforman la vida de los personajes. De aquí que uno se encuentre con reflexiones sugerentes y contundentes en el análisis: “El titánico Vasconcelos, el constructor, el fundador, transmitía el aliento de su obra y movía a emularla. La obra posterior de Gómez Morín y la de Lombardo Toledano no podrían entenderse sin la noción de grandeza y fe que contemplaron muy de cerca durante la gestión de Vasconcelos y en la cual cada uno participó limitadamente. A partir de esa gestión todo intento prometeico resultaría posible” (p. 109). El efecto de la psicohistoria es atinado, no importa si esta relevancia de los hombres haya sido señalada por otros (el citado Isaiah Berlin, Marc Bloch o Lucien Febvre). Lo notable estriba en que se fuera hacia una práctica de la historia que se deslinda de los escritos que ponen énfasis en la lucha de clases y los aspectos económicos como sostén explicativo. En el momento de su aparición, *Caudillos...* no sólo vino a dar un balance a los estudios historiográficos que se centraron en los años revolucionarios y posrevolucionarios, sino también posibilitó una perspectiva de análisis que lograba excelentes resultados; ahí se encuentra su relevancia y su trascendencia. Al esclarecer la participación de los protagonistas de 1915, con descripciones y reflexiones que redescubrían las experiencias de vida, el proceso psicohistórico se convirtió en parte fundamental del armazón historiográfico sobre el que se eleva la obra.

De otro modo, habrá que pensar que en el libro también sobresale el afán por el qué, el cuándo, el cómo y menos el porqué, pues importa evocar la experiencia humana. Y ésta se debe entender como la interrelación sociedad-cultura-historia sobre la que deambulan los personajes de los cuales se habla, y que influye en los modos y formas de actuar. Krauze da la clave cuando dice sobre los historiadores *non-whigs*:

Los *non-whigs* parten de una premisa fundamental, la creencia de que podemos penetrar hasta un cierto punto en las mentes ajenas [...]. Es un género que no desdeña la historia remota; busca el cuándo, el qué y sobre todo el cómo de los hechos, y pierde poco el tiempo en rastrear los infinitos porqués de lo que existe. *Repara en todo lo humano: vida material, espiritual y afectiva. Cree más en las personas que en las fuerzas impersonales. Utiliza siempre la forma narrativa.*¹⁰

ria, v. 1, p. XIII-XIV; subrayado mío), México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1974.

¹⁰ Krauze, *Caras...*, p. 20; subrayado mío.

Sobre esas líneas formales y metodológicas se escribe *Caudillos...*, una obra que no defrauda al lector, pues en ella se explica atinadamente el proceso de vida familiar, cultural, política y social por el que pasaron Gómez Morín y Lombardo Toledano; no podía ser de otro modo, ya que se sitúa bien a los hombres que se estudian. Krauze casi sigue al pie de la letra su propuesta psichistórica; sin hacer psicoanálisis, no se trata de eso, va hacia las actitudes psicológicas de los individuos para comprender, hasta donde es posible, la cultura intelectual, los actos y atrevimientos, los conflictos internos que mueven a esos personajes. Nótese los siguientes ejemplos:

Lombardo Toledano debió construir interiormente una suerte de identidad negativa frente a la ostentación, los lujos, los elementos externos de toda aquella riqueza material que se esfumó [p. 38].

[...]

En Europa, el aislamiento reveló a Gómez Morín [...]: su inutilidad para efectos prácticos, económicos; *su naturaleza emotiva* nacida del mismo “estado mental de lucha” que el civilizador [...] soñaba con extirpar; *su carácter destructivo, negativo, su evidente xenofobia*; el nacionalismo revelaba su perfil de ensimismamiento, de agresión verbalista dispuesta a “hombrearse”, *pero cobarde ante la otra agresividad necesaria para competir diplomática y económicamente en el mundo [p. 253-254; subrayados míos].*

Los subrayados denotan el modo en que se destacan las actitudes psicológicas de los individuos; existe el intento por profundizar en esas reacciones de lo afectivo y la actitud frente a lo vivido, rasgos que, sin olvidar el contexto, explican el camino hacia la madurez política e intelectual de esos personajes en la toma de decisiones. Ahí observamos las interrelaciones generacionales, el efecto de un Antonio Caso o un José Vasconcelos sobre Gómez Morín y Lombardo Toledano, las propuestas políticas y sociales de éstos, su desapego final, pero sobre todo su lucha y su dinamismo en los momentos de conformación del Estado.

La aproximación psichistórica no se queda ahí, se relaciona estrechamente con el método de las generaciones, el cual se presta para que un historiador trabaje de manera específica con la biografía, que lleva a centrarse en las conductas de los hombres, lo que abre un campo más amplio. Dentro de ese método, el historiador se dedica a trabajar, por lo común, con grupos de hombres, “minorías”, que han dejado de pertenecer a las masas “sin rostro”. Es en *Caudillos...* donde se acentúa mejor esa relación, como Krauze lo planteara en otro texto:

El Método de las Generaciones tiene una utilidad hermenéutica. Opera aislando, reduciendo la materia histórico-cultural a temperamentos y relaciones de familia. Es el método sicohistórico por excelencia. Dejando a un lado deliberadamente otras [problemáticas], dejando incluso la apreciación de las obras, el generacionalista recoge los momentos en que los hombres hablan de sí mismos, sus lecturas, su identidad, sus padres y sus hijos intelectuales. Su tema son las modas, sucesiones, vigencias, tensiones y parricidios. La cultura vista como genealogía. La familia cultural in vitro, o mejor, en el diván.¹¹

En ese sentido es notable cómo Krauze engarza bien las relaciones de los actores que analiza con el resto de la generación, cómo se conforman las diferencias de los que participaron en la generación de 1915 y la posición que empiezan a asumir Lombardo Toledano y Gómez Morín frente al poder. En este aspecto resulta aleccionador uno de los capítulos, el VI, "La pluma o la pala", en el que se muestra el desvanecimiento de los diferentes puntos de vista de aquellos dos personajes en relación con el México que se está desarrollando. Lombardo Toledano traía detrás "la gran genealogía"; Gómez Morín el impulso del "ángel tutelar" (su madre), rasgos que influyen en sus actos y sus creencias. Y todo ello en referencia con otros personajes, como el mencionado Alfonso Caso, y el resto de la generación que empieza a andar por diversos caminos, y no precisamente los de la política. La apreciación global de las relaciones de la generación de 1915 con el poder y el recién creado Estado mexicano, sin perder en absoluto los detalles particulares que justifican los diversos intereses de los actores sociales y sus interrelaciones intelectuales, tiene un excelente ejemplo en ese capítulo. Con todo, a lo largo de *Caudillos...* se ha dejado la simplicidad para adentrarse en el mundo participativo de los intelectuales de la segunda década del siglo XX en México.

Así, la posición frente al método de las generaciones y la psichistoria, o mejor la biografía, como sostén de la historia, conforma el entramado sobre el que se construye la observación e interpretación de la generación de 1915. En *Caudillos...* se busca construir la imagen del caudillo cultural: ese que desde la lectura del libro es visto como parte del andamiaje del Estado mexicano; ese que es capaz de implementar proyectos, forjar ideas, debatir, reflexionar y autoevaluarse.

Para presentar esa imagen, sin duda el método inductivo fortalece el acercamiento a los actores. Krauze va a los detalles, a la interiorización, a la explicación que parte del carácter psicológico de los personajes y las actitudes. Si algo sucede, Krauze se remite a la personalidad que interactúa con otros y en un momento dado. El método de las generaciones y la

¹¹ *Ibid.*, p. 128.

biografía permiten una flexibilidad interpretativa aguda que no pasa inadvertida a lo largo de todo el libro:

Un antiguo gobernador se convertía en regidor; un antiguo subsecretario (Vásquez del Mercado) abría su bufete; un antiguo agente financiero (Gómez Morín) pasaba a un puesto privado de observación y espera; el creador del impuestó del centenario (Palacios Macedo) salía a un prolongado exilio. [...]

Los discípulos habían aprendido, sin quererlo, una lección que les confería cierta ventaja sobre sus antecesores ateneístas. El hecho de haber vivido en los bastidores de la Revolución les impedía adoptar actitudes de heroísmo *personal* como la de Vasconcelos, o de exilio interior como la de Caso. No podían ensimismarse [p. 192-193].

Este tipo de análisis conforma el estudio que se propone en *Caudillos...* Para el lector se abren posibilidades en cuanto a lo que fue la generación de 1915 y el entorno que permea el ámbito cultural en esos momentos.

*

Si es notable el soporte metodológico y teórico, y la capacidad de sustraer las ideas desde los archivos personales y las entrevistas, es cierto también que una de las cualidades que sobresale en *Caudillos...* es su escritura. De hecho, desde *Caudillos...* fue notable la habilidad escritural de Krauze, misma que conserva hasta hoy. Esa cualidad se presenta por igual tanto en su trabajo historiográfico como en el ensayístico, en los textos sobre política; esa característica quizá influyó en el éxito editorial que en su momento tuvieron las *Biografías del poder*;¹² no obstante, el oficio de escribir es inherente al trabajo de 1976, desde ahí se funda. En este sentido, desde mi punto de vista, esta obra está cerca de la historia narrativa, dado ese cuidado en el discurso presentado. Como se sabe, la historia narrativa:

se entiende como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente, y como la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente de dos maneras: su ordenación es descriptiva antes que analítica, y concede prioridad al hombre

¹² Véase Miguel G. Rodríguez Lozano, *Enrique Krauze: su método, su obra*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994, 46 p.

por sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más bien que de lo colectivo y lo estadístico.¹³

Lawrence Stone apunta que la historia narrativa “posee un tema y un argumento”.¹⁴ Luis González es mucho más agudo; para él, la historia narrativa “es igual a relato con pretensión artística, a expresiones llenas de color, a vecindad de la literatura”.¹⁵ Tal enfoque se aplica sin restricciones a *Caudillos...*, ya que el uso de la psichistoria y la metodología de las generaciones así lo permite. Se debe pensar, en efecto, que el discurso krauziano es eficaz, que responde bien a las expectativas que ha creado el entramado propuesto con los recursos de la psichistoria, y que en primera y última instancia, como discurso historiográfico, cumple cabalmente su papel narrativo; éste establece una funcionalidad en la que el lector como destinatario queda atrapado.

Las más de trescientas páginas que conforman el libro son escritas con una perspicacia y agilidad narrativa que dotan al contenido de una frescura que, a la distancia, no se ha perdido. Baste recordar el inicio del primer capítulo. La rápida mirada a la vida de Vincenzo Lombardo Catti, abuelo de Lombardo Toledano, es presentada con una capacidad de síntesis descriptiva que, por supuesto, crea las posibilidades para seguir leyendo. El primer párrafo recrea en breves líneas el mundo de Lombardo Catti. Termina así: “Son los años en que un joven piamontés, veterano de las luchas garibaldinas, decide viajar al Nuevo Mundo a probar fortuna. Se llamaba Vincenzo Lombardo Catti; había nacido en 1836” (p. 21). Ese tono es recurrente en toda la obra y permite al autor parafrasear las ideas de quienes estudia. El caso extremo es el de Manuel Gómez Morín, quien reflexionó excepcionalmente sobre la Revolución, entre otros temas (de hecho, el autor elabora un minucioso estudio de un texto clave en la obra de Gómez Morín, titulado, en efecto, 1915). El modo de aprehender las ideas de este intelectual por parte de Krauze es muestra de una constancia y de un entusiasmo, también intelectual, que se marca por el estilo y la historia narrativa que subyace en el estudio, en el que encontramos líneas como las siguientes: “En un esbozo rápido, Gómez Morín analizó la legitimidad histórica del agrarismo y el laborismo en México; eran los días en que las estrellas del laborismo cromista-moronista y del agrarismo de Soto y Gama brillaban en el firmamento político” (p. 197).

¹³ Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, trad. de Lorenzo Aldrete Bernal, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 292 p. (Sección de Obras de Historia), p. 95-96.

¹⁴ *Ibid.*, p. 96.

¹⁵ Luis González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989, 380 p., p. 16.

Hay pues una intención narrativa que se relaciona con la biografía; también se percibe en los títulos y subtítulos que forman el libro. A partir de las mismas fuentes e inclusive tomando las palabras de los mismos intelectuales, el lector encuentra títulos que ya por sí solos invitan a la recepción: “La imposible erudición”, “Apóstoles, predicadores y diplomáticos”, “En política, viento en popa”, “Quetzalcóatl o Huitzilopochtli”, “El anatema”, “En espera de la hecatombe”, etcétera. Se infiere así que *Caudillos...* posee además una intención escritural que encaja bien en la metodología ofrecida y en los resultados obtenidos sobre la participación de la generación de 1915. No sólo eso, la eficacia del estilo utilizado por el autor logra momentos descriptivos y sentencias alrededor de los actores que estudia que provocan inevitablemente una tensión que debe mucho a la historia narrativa, a la exigencia por entender hábilmente y explicar en ese mismo nivel los sucesos posrevolucionarios. La historia narrativa permite mantener un equilibrio en la aproximación a los actores sociales, quienes son vistos con un distanciamiento apropiado, sin abultamientos de heroicidad. En este aspecto, el primer título publicado por Enrique Krauze cumple cabalmente las expectativas.

El apartado con el que cierra la obra, “Vidas paralelas. Lombardo y Gómez Morín”, sintetiza, en una meditación sugerente, las relaciones de esos intelectuales con el recién nacido Estado mexicano. Ahí el autor revalora el peso de las ideas de los personajes en el ambiente posrevolucionario; es también el lugar donde la escritura confirma su vitalidad. Las líneas con las que inicia ese apartado son estimulantes en cuanto a la reflexión que provocan: “El pasado no se elige. Una genealogía no es solamente una nómina ni atañe sólo a los aristócratas. Secreta, calladamente, las generaciones educan a sus hijos mediante códigos de conducta” (p. 331). Y más adelante se precisan aspectos relacionados con cada uno de los dos intelectuales que han dado forma al libro. Primero Lombardo Toledano: “La grandeza y la miseria de Vicente Lombardo Toledano tienen como fuente original esa vida familiar; allí está el embrión de su vitalidad, su fe, su extranjería, su desconfianza, su sed de gloria, su tristeza, su humor, sus ceguerras y limitaciones” (p. 332); después Gómez Morín: “en Gómez Morín hay una cierta vena sentimental, un tono cálido, casi de coquetería, en el que se adivinan los años que permaneció junto a la madre. Son las meriendas con ‘el ángel tutelar’, más que los libros, aquello que está detrás del Gómez Morín romántico y sentimental que lanzaba diatribas contra el romanticismo y el sentimentalismo” (p. 332). La apropiación del tema desarrollado a lo largo del libro está realizada en esta última sección, en la que la historia, a través de las personalidades que de una u otra manera participaron en una época específica de México, lleva a las posibles reflexiones futuras de una obra como *Caudillos...*, que

permanece como una investigación significativa en el campo de la historiografía mexicana.

*

Así pues, la cohesión de la psicohistoria, la metodología de las generaciones y la historia narrativa vislumbran los senderos significativos, como propuesta historiográfica, de *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*. A más de veinte años de su primera edición, continúa como una obra válida y sugerente para acercarse y comprender las intrincadas relaciones de los intelectuales con su mundo cultural y político; adentrarse en las actitudes, fantasmas e intereses personales de los que formaron la generación de 1915 fue la génesis de un proyecto que en la línea de la biografía sigue dando frutos, polémicos si se quiere, en el discurso historiográfico de Enrique Krauze. Sin embargo, en esa primera obra es inevitable percibir el entusiasmo, la formalidad y la capacidad organizativa del autor para manifestarnos los planteamientos de un Gómez Morín, un Vasconcelos o un Lombardo Toledano con todo lo que ello implica: desacuerdo, sorpresa, incredulidad, ingenuidad; todo lo posible en el imaginario de quienes auxiliaron en la construcción del México del siglo XX. De cualquier modo, hasta hoy, ese libro primogénito nos hace recordar, en efecto, el epígrafe de Julio Torri con el que se abre la lectura de *Caudillos...*: “Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud”.

